

Un dramaturgo y poeta asturiano en la corte de los Austrias:

D. Francisco Antonio Bances Candamo

Según datos que facilitan los esbozos biográficos que Mesonero Romanos y el Marqués de Valmar dan de Bances Candamo, nació éste en Sabugo, parroquia de Avilés, un 26 de abril de 1662; hijo de familia hidalga, recibió una esmerada educación en Sevilla, y atraído por el brillo y fama de la corte donde pensaba lucir sus indiscutibles dotes de poeta, y, a la par, sintiendo el tirón de su vocación dramática, coincidente con la desaparición de Calderón, Moreto y Solís, trasladó a la Corte sus reales con la secreta ambición de sustituir en ella el predicamento de aquellos ingenios ya fallecidos, o en franca decadencia. Se cumplieron plenamente sus deseos y durante cierto tiempo reinó sin disputa en las candilejas del Buen Retiro y en las del Real Sitio de La Zarzuela. Introducido en la Corte por sus dotes personales y por su indudable talento, ganó la amistosa confianza y el afecto real de Carlos II, quien sintió por Bances Candamo un sincero cariño, hasta tal punto, que con ocasión de un desafío, del que salió nuestro poeta malherido, llegó el interés del monarca al extremo de ordenar se enarenase la calle en que el poeta vivía para apagar el ruido del tráfico de los coches, y que éste no molestase al doliente. Tanto la cuestión del desafío en que cayó herido, cuyas causas se desconocen, pero se supone obedeciesen a celos y envidias de ambiciosos postergados, o tal

vez a algún lance galante, el hecho es que Bances Candamo creyó oportuno abandonar la Corte, y con una espléndida comisión real de visitador de Córdoba y Sevilla, a más de la tesorería de Málaga, abandonó Madrid. En el desempeño de estas comisiones reales, Bances Candamo manejó enormes caudales, sin que le tentase en momento alguno esa fácil atracción a que suelen sucumbir hombres muy enteros.

Cuando terminó su cometido, regresó a la Corte aún más pobre que de ella había salido, y es hecho probado, que recogen sus biógrafos, que el primer día que pasó en Madrid, ya de regreso, hubo de ser socorrido para que pudiese comer. El alejamiento de la Corte había enfriado el favor real, pero el recuerdo de su claro ingenio tornó a inclinar el ánimo de Carlos II hacia su predilecto poeta, y volvió a concederle nuevas comisiones de hacienda, esta vez en Ocaña, Cuenca y Ubeda; y desempeñando una de sus inspecciones en Lezuza, en la provincia de Albacete, contrajo una rápida enfermedad que le ocasionó la muerte, sospechándose, incluso, haber sido envenenado. Fue enterrado, de limosna, en la capilla del Santo Cristo, en aquella parroquia albaceteña. Los biógrafos de Bances Candamo, no andan de acuerdo respecto al año exacto de su muerte, puesto que algunos señalan el de 1704, y otros el de 1709.

Bances Candamo no vio impresas, en vida, sus comedias, que formaron dos tomos impresos en Madrid en 1722; y sus poesías también se editaron ya fallecido, al parecer en 1729, en Madrid, aunque el librito que las contiene no lleva fecha del año de la impresión y sin que en él esté recogida la totalidad de su producción poética, ya que una gran parte de los manuscritos que las contenían, fueron legados por el poeta al duque de Alba, con el que le unía estrecha amistad, a la que el prócer no hizo honor al vender, mucha parte de ellos, en cantidad irrisoria.

Aparece Bances Candamo en la escena literaria española, en un momento de enorme decadencia, ya muerto Lope de

Vega, Moreto, Tirso de Molina, y en pleno descenso el estro de Calderón, decadencia literaria en perfecto acorde con igual decadencia política de la nación. El mal gusto se había enseñoreado de la escena española, y la musa degradada de los poetas y dramaturgos al uso, se empleaba, no ya en los sutiles e ingeniosos conceptos del gongorismo, sino en asuntos chocarreros y plebeyos. Bances Candamo alza el verso del barro en que yace, y eleva el bajísimo acento en que se debatía la poesía española de aquellos años.

Por impedirnos la índole de este trabajo, sometido a exigencias de espacio, no abrigamos la pretensión de estudiar la obra completa de nuestro paisano como dramaturgo, poeta y autor de zarzuelas, aunque sea sobre esto último donde hemos de hacer más hincapié, por parecernos el aspecto más original, y por ello menos conocido, de nuestro héroe; además, sospechamos que en este punto, dentro de lo que se conoce y llama como zarzuela, Bances Candamo fue un innovador, y tal vez un precursor de lo que hoy se conoce con la denominación universal de «ballet». Dejemos, pues, un poco a desmano, su brillante comedia política «El esclavo en grillos de oro», plagada de hermosos aforismos y máximas de gobierno que pone en boca de sus personajes, vertiendo, a través de ellos, su íntimo pensamiento sobre materias política y moral, y citemos como muestra de su alto talento estos versos espigados en su «comedia famosa»:

Cuando delinque el poder,
a la justicia le ata
las manos el poder mismo;
y culpa que en él recarga,
queda tal vez permitida,
y tal vez autorizada.

* * *

Las dichas, en fin, que alcanza
la más sedienta ambición,

no son en la posesión
tanto como en la esperanza.

* * *

Si tanto maldice
de mí aquí, ¿quieres incauto,
que también, si le destierras
lo diga entre los extraños?
No me infame en más provincias,
pues ya en Roma me ha infamado;
que aquí ya saben que miente,
y podrán allá dudarlo.
Sabe que en los enemigos
hay provecho, aunque haya daño;
porque en su censura vemos
nuestros defectos tan claros,
que más que por los amigos
por ellos nos enmendamos,
y para ver nuestros yerros
es menester conservarlos.

Dejemos a don Hernán Tello Portocarrero, paseando por tierras de Flandes y Francia, la noble galantería de aquellos gloriosos tercios, cantados en los hermosos versos y romances de «Por su rey y por su dama», y abandonemos, también, «El sastre del campillo», no sin haberle tomado antes estas metáforas que hubiera firmado Góngora:

En hileras diferentes,
movibles calles de acero,
las picas y los arneses.
Del río que ara estos campos
es yugo de piedra un puente.

* * *

Subió en un veloz caballo
que en su ligereza quiere

darnos a entender que astuto
se vistió el viento de pieles:
Ardiente huracán herrado...

En la época de mayor esplendor de nuestro teatro nacional, era usada costumbre de los autores dramáticos, preludiar la representación con acordes de vihuela acompañados de canto; también se intercalaban en el curso del drama o comedia, leves intermedios musicales aprovechando las situaciones de alto lirismo que se producían en el curso de la obra, pero predominando siempre la palabra sobre música y canto, que sólo venía a ser apéndice ornamental de la acción dramática. Por influjo venido de Italia, se fue acentuando la importancia musical en nuestras representaciones dramáticas, hasta tal punto que llegó un momento en que diálogo y música participaban, con un cierto equilibrio, en el curso de la acción, y como las representaciones de este tipo teatral tenían lugar en el Real Sitio de La Zarzuela, en las proximidades de Madrid, se bautizó con el nombre de «zarzuela» este género híbrido de parlamento y canto. Como curiosidad, se indica que la primera comedia que se cantó entera, fue de Calderón, representada en el Buen Retiro, en 1659, con el título de «La púrpura de la rosa». Ya en este camino, todos los ingenios cortesanos cultivaron el género, pero, al parecer, y según afirma Ludwig Pfandl en su obra «Introducción al Siglo de Oro», Bances Candamo fue el mejor libretista de zarzuela. La producción zarzuelera de Bances Candamo debió ser, sin duda, copiosa; con todo, no he logrado conocer y leer alguna de ellas, y sólo tengo noticia de dos títulos, ambos de asunto mitológico: «Circe» y «Aretusa».

La propensión, más que propensión, inclinación decidida de Bances Candamo hacia este género teatral, se refleja en las por él tituladas «comedias famosas», en las que se apunta e insinúan sus preferencias por esta clase de representaciones. Y vemos así, que en numerosos pasajes de su comedia «Por su rey y por su dama», se dice:

«En mi casa hay esta noche
bailete...»
«Que cuando al bailete vamos...»

En la segunda jornada de la misma obra, se introduce un grupo de damas y galanes que inician un baile francés, cuya música va acompañada de unas coplillas a las que pertenecen los siguientes versos:

Amor lisonjero,
veneno inmortal
tu rigor severo
que ya es dulce y ya fiero,
siempre fatal, etc.

El acompañamiento de estas danzas, o bailetes, como Bances los llama, era la vihuela; pero ya metido en mayores empeños musicales, es decir, en la zarzuela, la música se instrumentaba a base de vihuela, arpa y contrabajo.

Como se habrá visto, Bances Candamo, al referirse a las danzas que insertaba en sus comedias, las designa con la palabra «bailete»; palabra, que según el Diccionario de la Academia, significa, en única acepción, «baile de corta duración que suele introducirse en la representación de ciertas obras dramáticas». Vemos, pues, que hay una justa y exacta correspondencia en el empleo que hace Bances Candamo de esa palabra y la definición que de ella da la Academia.

Pero lo curioso del caso es que Bances Candamo, además de este bailete, que podemos considerar como clásico, cultivó un género completamente distinto y que lo hace acercarse claramente a la actualidad. Antes de exponerlo, señalemos, como antecedente imprescindible, que con ocasión de la muerte del príncipe Baltasar Carlos, se suscitó nuevamente la batallona y enconada cuestión de si eran, o no, lícitas, las representaciones teatrales, y con motivo del luto cortesano, se reglamentó, con puritano rigor, la determinación del número de

compañías que habían de actuar, los actores que las compondrían, los trajes que habían de vestir, e incluso se trató de suprimir todas aquellas escenas que se apoyaban en la «amorzosa pestilencia», de que Cervantes nos habla. La polémica fue tan prolongada, que alcanzó los días de Bances Candamo, el que, ante tan monstruosas cortapisas, formó en las filas de los que combatían por suprimir tales trabas, saliendo a la palestra con una obra de tono ardoroso, en la que refutaba los argumentos del P. Camargo, que militaba en el bando opuesto, y que nuestro paisano tituló: «Theatro de los theatros de los pasados y presentes siglos: Historia escénica griega, romana y castellana». Tan largo título corresponde a un manuscrito de Bances Candamo, original e inédito, que fue propio de don Pascual de Gayangos.

En este curiosísimo manuscrito, narra Bances Candamo lo siguiente: «En muchos lugares del Reyno de Toledo vemos hoy en las fiestas más célebres ejecutar estas danzas mímicas a la sinceridad de sus paisanos, cuya composición llaman ellos «historia», y es verdaderamente la primitiva y ruda comedia castellana nuestra, no sin gran similitud a los primeros inculpables juegos escénicos que cuenta Livio de Roma. Escríbese primero en un desaliñado romance el suceso que quieren representar, antiguo o moderno, en forma de relación; éste le va cantando un músico en voz alta y clara, de forma que lo perciba el auditorio, y conforme va nombrando los personajes, se van ellos introduciendo a la escena, vestidos con la mayor propiedad que pueden, y enmascarados como los antiguos histriones. No representan ni articulan palabra alguna, pero con acciones y gestos van ellos significando cuanto el músico canta y haciendo cada personaje los movimientos que le tocan del suceso que se va cantando... Algunos días ha, que a petición de un caballero del lugar de Esquivias, de bien sazonado y agudo ingenio, escribí una de estas historias (como ellos dicen), no poco brindado del curioso apetito de verla. Elegí acaso el socorro de Viena y la batalla campal que allí ganó la Sacra Liga...»

Basta con lo transcrito para percibir el íntimo parentesco de estas representaciones mimadas al son de la música de un romance cantado, para entroncarlas, salvando escenografía, nutrida orquesta y lujo de vestuario, con el moderno «ballet», palabra que, al fin y al cabo, encuentra perfecto acomodo en nuestra lengua castellana con el «bailete» que se representó en Esquivias bajo el patrocinio ilustre de nuestro Bances Candamo, quien ya tendió, en aquella lejana fecha, el hilo de la tradición artística, cuyo cabo final habían de tomar en sus manos el marqués de las Cuevas o Janine Jarrat. Nada hay nuevo bajo el sol.

Bances Candamo fue un gran ingenio español que por el solo hecho de su valía, se vio cercado por el hambre, la necesidad y la pobreza; él, que había dicho:

Fuí rui señor en el Betis
y en el Manzanares cisne.

siguió la triste senda en que le precedieron Cervantes, Quevedo, y otros muchos que tuvieron que comerse las capas para mal vivir, o vegetar, con más comodidad, cayendo en la adulación, como Lope de Vega. Bances Candamo no tenía flexible el espinazo y, entre bromas y veras, alardeando de su altivo asturianismo, se encaraba en su romance «Al primer Ministro», diciéndole:

Noble cuna me dió Asturias,
en el solar primitivo
donde a vuestros ascendientes
hicieron reyes los míos.

Consciente de su valía en aquel período de mediocres y malos poetas, suelta la fanfarria que, por asturiano llevaba en sus venas, cantando con voz que aún puede oírse en nuestros valles y montañas:

Mi consuelo es que de mí
no ha de sacarme la suerte;

el Rey puede hacer hidalgos,
pero Candamos, no puede.

Ya señalamos la miserable muerte que tuvo nuestro insigne paisano en lejanas tierras de Albacete. El mejor tributo que puedo rendir a su limpia fama, es cerrar estas líneas con dos acotaciones salidas de la pluma de Cervantes, tan desdichado en su vida como lo fue en la suya Bances Candamo: «Siempre las desdichas persiguen al buen ingenio». «Oh Corte que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos.»

ANTON RUBIN